

EL PSICOANALISTA ES UN SINTHOMA

Tania Coelho dos Santos

Teorías sobre el final de la análisis

¿Cómo nacen los analistas? La cuestión parece muy fácil. Un analista es la consecuencia de una análisis, a saber, cuando se llevada suficientemente lejos. Ese tema, aunque no haber sido explorado por Freud con tanta claridad cuanto ha sido por Lacan, lo podemos rastrear a través de sus consideraciones acerca de los obstáculos de una análisis. En este ensayo me voy a establecer una ecuación hipotética entre los obstáculos de la sexuación y los obstáculos al final de una análisis. Por medio de esta elección, yo asumo el riesgo de elevar la superación del “rechazo de la femineidad” a la dignidad de criterio absoluto, de concepto del final de la análisis. Para allá de Freud, me gustaria extraer consecuencias de la distinción que hace él, cuanto a las relaciones libidinosas en juego entre hombres y mujeres. El rechazo de la femineidad, del lado masculino, quiere decir que un hombre resiste someterse a un otro hombre. El rechazo de la femineidad, del lado de las mujeres, no es lo que parece. Es verdad que ellas se quedan arraigadas a la reivindicación fálica, pero hay otra facha de la cuestión en juego, tratase de una manobra que las protege del intenso lazo primitivo de la niña com su madre. Yo concluyo que el rechazo a la femineidad es responsable por la sexuación. Luego, tratase del hueso de una análisis y non es eso que conviene disolverse.

Diferentemente de Freud, Lacan ha laborado algunas tesis sobre la operación que está en juego al final de la análisis. Algunas de ellas son más conocidas. La análisis fue primeramente concebida como estando a servicio de la metáfora paterna: ella promueve la des-identificación al falo y la asunción de la castración. En esta perspectiva, la neurosis es el resultado de la insuficiencia de la metáfora paterna en promover la separación del niño fálico de su madre. Conforme Miller, solamente en la “Proposición de octubre de 1967”, cuando Lacan procura instituir un dispositivo de verificación del final de la análisis para regular el pasaje de analizando a analista – él formula un mecanismo distinto de la identificación, la caída del objeto *a*, que es equivalente a una desilusión al vaciamiento del saber otrora supuesto al Otro.

Pienso que el paso más interesante en este esfuerzo de Lacan, ha sido el de acreditar que cada analista, con su análisis, puede acrescentar algo a ese punto de “no saber” en el Otro, que la caída del objeto *a* revela. En 1975/1976, Lacan afirma que “El psicoanalista no puede ser concebido de otra forma, sino cómo un síntoma. No es la psicoanálisis que es un síntoma, es el psicoanalista”.¹ Esa proposición explicase por medio de la postulación de un nuevo mecanismo, una identificación al síntoma, al término de una análisis. ¿Qué definición del síntoma mejor convendría al sentido de esa afirmación?

Me voy a ensayar mi respuesta a esa cuestión apoyándome en la generalización de la teoría del partenaire-síntoma. Si una mujer es para un hombre un síntoma, sabemos

¹ Lacan, J. 1975/1976. **Le Seminaire XXIII, Le Sinthome**. Paris. Seuil, 2005, p.135.

que la relación sexual solamente existe cuando no “hay proporción sexual”. “Al nivel del síntoma, no hay por lo tanto proporción sexual, quiere decir que hay relación. [...] Con efecto, si la no relación adviene de la proporción, es en la medida en que no hay proporción que se estructura la relación. Habrá por lo tanto, al mismo tiempo, relación sexual y no relación sexual. Allá dónde hay relación, es en la medida en que hay síntoma, a saber, dónde el otro sexo se sostiene en el síntoma”.²

En 1975/1976, Lacan presentamos algunas fórmulas nuevas sobre la sexuación. Ellas enfatizan la naturaleza del partenaire para un y otro sexo. Entonces, él dirá que “el hombre es para una mujer todo que le conviene, una aflicción peor que un síntoma [...]. Una devastación mismo.”³ De acuerdo con la traducción del Génesis por André Chouraqui, Dios creó para el hombre una ayuda contra él. ¿Sería el psicoanalista, también él, una ayuda contra? Conforme Miller, un psicoanalista viene a ser un partenaire suplementar cuando el malestar en la relación sexual afecta ese arreglo. Acerca de eso, Lacan adiciona lo que se sigue: “El psicoanalista es una ayuda sobre la cual, podemos decir que tratase de una reversión de los términos del Génesis, ya que el Otro es lo que yo acabo de definir, ahora mismo, como ese pequeño agujero ahí. Que ese pequeño agujero, solito, pueda proporcionar una ayuda, es en eso que la hipótesis del inconsciente puede dar su soporte.”⁴ Acerca de eso yo concluí que la psicoanálisis es un discurso en lo cual el objeto *a* ocupa el lugar del agente, pero el psicoanalista es un partenaire síntoma.

Lacan prosigue precisando la naturaleza sintomática del analista: “La hipótesis del inconsciente, Freud subraya: no se sostiene sin el Nombre-del-Padre. Suponer el Nombre-del-Padre, por cierto, es Dios. Es en eso ahí, que la psicoanálisis, por triunfar, prueba que también del Nombre-del-Padre podemos prescindir. Podemos prescindir con la condición de servirmonos.”⁵ ¿No se trataría en neste punto, de una reformulación de la tesis sobre el pasaje al acto de analizando a analista encuanto una *Verleugnung*?⁶ Una redefinición de la antigua fórmula – “yo sé, pero, así mismo” por medio de los nuevos términos – “prescindir, saber servirse”. La primera definición de la posición del analista suena un tanto cínica: aquél llegó a admitir que el saber del inconsciente es un equívoco pero, a pesar de la incredulidad, pasa a ofrecerse para sostener la transferencia para otro crédulo. La segunda definición invítanos a un compromiso en la producción de saber sobre aquello que el Otro no sabe, ni podría saber. Paso a justificar mi punto de vista.

Propongo una primera posibilidad de desciframiento. Freud, como Lacan bien asaló, ha dejado en suspenso la cuestión: ¿lo que quiere una mujer? El enigma del continente negro de la femineidad fue redefinido por Lacan como Otra satisfacción, aquella que resulta del discurso, más allá del principio del placer. Yo creo que Lacan contribuyó de modo decisivo para distinguir la reivindicación del falo, propia a la sexualidad femenina, de la femineidad propiamente dicha. Él propone formalizar esa última por medio del matema S (Abarrado). Lacan equipara la femineidad, el goce de la mujer – más allá del

² Lacan, J. **op.cit.**, 2005, p. 101

³ Ibid.

⁴ Lacan, J. **op. cit**, 2005. p. 136

⁵ Ibid.

⁶ Lacan, J. 1967/1968 El acto psicoanalítico. Lección de 28 de febrero de 1968 (inédito)

deseo fálico de la madre – al Otro goce. Ese Otro goce, Freud lo ha definido por medio de una energética donde se oponen la pulsión, regulada por el principio de la constancia, y la pulsión de muerte, como ganas de retornar al inanimado, al cero, al nada de tensión libidinal. El phallus, es el número que da al principio del placer su medida de regulación, aunque Freud nunca ha pensado en eso.⁷ El Otro goce, en términos freudianos, es el régimen de la pulsión de muerte. Introduzco acá mi argumento: la invención del real de Lacan es un suplemento a la energética freudiana. El real es sin ley, sin nombre, sin la medida fálica que regula y sumete todo el goce al principio del placer. El concepto de pulsión de muerte, Lacan lo reduce al continente negro de la femineidad. Por medio de su invención del real, Lacan puede prescindir de Freud como Nombre-del-Padre, después de tener largamente se servido de él. Es esa la interpretación que yo propongo de la nueva fórmula lacaniana, que supera la tesis de la *Verleugnung* y que redefine las condiciones necesarias al advenimiento de un analista. Él toma la vía de Joyce, la vía de la psicosis, y la da sublimación, y no la vía de la perversión como había hecho anteriormente.

¿ Un paso como ese, lo del psicoanalista Jacques Lacan en relación a su maestro (la invención del concepto de real en lugar de pulsión de muerte), sería un paso necesario al advenimiento de cada nuevo psicoanalista? ¿ Suplementar Freud y Lacan, por medio de lo que enseña la experiencia de cada uno, sería este el nuevo criterio para estimarse si un cierto candidato a psicoanalista ha probado ser un síntoma? Yo formalizo la esencia de mi argumento, como se sigue:

1. Un psicoanalista es un efecto de la creencia en el Nombre-del-Padre, identificación con el deseo de Freud.
2. Un psicoanalista es un efecto de la incredulidad en el Nombre-del-Padre, des-identificación con el S1 como ideal.
3. Un psicoanalista no es la consecuencia de un pasaje al acto como *Verleugnung* del no-saber del inconsciente.
4. Un psicoanalista es la consecuencia del acto de nominación que introduce un significante inédito de su síntoma.

¿ Sería un absurdo esperar tanto así de los candidatos a psicoanalistas?

N'hominación () y sexuación masculina*

La enseñanza de Lacan, esa es su marca distintiva, ha producido una serie de formulaciones y formalizaciones sobre la función paterna.

Recuerdo solo algunas: imagen, ideal del yo, metáfora, función, síntoma. En cualquier una de ellas tratase de formalizar su incidencia en la humanización de un ser vivo. En 1938⁸, denuncia el avance del declive de la imagen paterna y atribuye un grande número de psicosis a la ausencia del padre en la familia. Su reflexión avanza en el sentido

⁷ Lacan, J. **Op. cit.**, 2005. p. 138

⁸ Lacan, J. (1938). "Les complexes familiaux dans la formation de l'individu", in **Autres Écrits**, Paris: Seuil, 2001.

(*) N'ho = hombre, en el sentido de humanización. N'hominación por medio del lenguaje, del discurso del Otro. Reducción de goce.

de operar una cierta diferenciación entre el padre de la familia y la función del significante del Nombre-del-Padre. Esa diferencia no realiza, todavía, una disyunción. El Nombre-del-Padre es un significante especial en el Otro pues designa que el padre es aquél que priva la madre del goce del hijo.⁹ El significante del Nombre-del-Padre, sustituyendo el significante del deseo incognoscible de la madre, posibilita el advenimiento de un sujeto como significación fálica. El padre n̄ homina el deseo de la madre, es decir, regula el exceso de la pulsión de muerte, fijando un punto límite por la interdicción del incesto. El sujeto constituyese entre la identificación al significante del Nombre-del-Padre y el rechazo del referido objeto incestuoso – el deseo incognoscible de la madre. Este último es también uno de los nombres de la pulsión de muerte. Es la *Das Ding*, del *Seminario 7*, el deseo de la madre. Cabe observar que la n̄ homeación gira, en esa acción de teorizar, en torno de las funciones del padre y de la madre, aún que elevadas por la formalización del complejo edipiano, a la dimensión de conceptos. La significantización del goce¹⁰, sin embargo, guarda un enaltecimiento del complejo edipiano. Señalo que el padre significantizado es aún más mortificado, y que la madre, elevada a la dignidad de la Cosa, condena el deseo a padecer de los efectos de la cláusula pétrea de la interdicción. Tomar la n̄ homeación en la vertiente de la significantización acentúa la mortificación del ser vivo por la acción del significante y reduce el goce a la voluntad de infracción.

Vale señalar un intervalo, el movimiento del pasaje de la Cosa a las cosas¹¹. Mismo movimiento que impulsa el desplazamiento del Nombre-del-Padre a los nombres del padre. Corresponde a los Seminarios X y XI, cuando Lacan empieza por matizar la tesis freudiana sobre la angustia ser sin objeto (*objektlos angst*), que él contrapone a la afirmación de que “la angustia *no es sin objeto*”.¹² Prosigue anunciando en una única lección, la pluralización de los nombres del padre. Concluye esa *démarche* apuntando que el inconsciente freudiano es lèvi-straussiano, pues es basado en una equivalencia entre el complejo de Edipo y la estructura significante. Paso que se esclarece conforme se sigue: “el significante es lo que representa un sujeto para otro significante”, así como el deseo del padre es lo que representa el sujeto para el deseo de la madre, *Das Ding*, la Cosa. El inconsciente propiamente lacaniano, él nos presenta ahora como idéntico a la estructura de abrir y cerrar de la pulsión. Movimiento pulsional de alienación y de separación, que equivale a una reducción teórica del enredo del Edipo freudiano a las funciones de identificación y recaladura.¹³ El inconsciente lacaniano promete no tomar el objeto del goce como la Cosa, y si bajo la forma *light* de la diversidad de la Cosa. ¿Y cuanto al Nombre-de-Padre? ¿Cómo se servir de él, bajo la nueva forma pluralizada? ¿Cómo abordar la diversidad del Nombre-del-Padre?

“Nunca he hablado del padre, sino como metáfora!”¹⁴ Lacan distingue su formalización de la confusión insistente, que parásita la transmisión de su enseñanza, entre el padre real

⁹ Lacan, J. (1956/57) **Le Séminaire Livre IV**. Paris. Editions du Seuil, 1994 p. 215-221.

¹⁰ Miller, J.-A. Les six paradigmes de la jouissance, in: **La Cause Freudienne** n. 44, Paris: Navarin, 1999 (traducido en Opción Lacaniana, n. 26/27).

¹¹ Miller, J.-A (1999) **op. cit.** p. 14-18.

¹² Lacan, J. (1962/63) **Le Séminaire Livre X**, Paris: Editions du Seuil, 2004, p. 155.

¹³ Lacan, J. (1963/64) **Le Séminaire Livre XI** Paris: Editions du Seuil, 1983.

¹⁴ Lacan, J. (1969/70) **Le Séminaire Livre XVII, L’ envers de la psychanalyse**, Paris. Editions du Seuil, 1991, p. 129.

de la castración y su fantasma edipiano, el supuesto agente de la castración. Con S1 en el lugar de agente, en la estructura de los cuatro discursos, una vez que ese lugar puede ser también ocupado por S2, *a* y \$, él demuestra que el complejo de Edipo es un mito (una verdad, un saber, S2) y, por lo tanto, uno de los nombres del padre. Más allá del Edipo, n̄hominar es colocar el sexo, el goce y la muerte en discurso.

Ese es el primero paso para una inversión de perspectiva cuanto a las relaciones entre el significante y el goce. Mi objetivo será el de evaluar los efectos de esa inversión sobre el acto de n̄homeación. Empiezo por el *Seminario XX*. En la puerta de entrada a la última enseñanza de Lacan no es solo el padre quien n̄homea. Lacan eleva la diferencia sexual, la sexualidad del hombre y de la mujer, al lugar canónico otrora ocupado por el padre y por la madre, como agentes de una nominación. Los cuatro discursos (1969;70), organizan el modo masculino de nominar la relación sexual que no existe. N̄homear, en la vertiente masculina, es someter el sexo al discurso de la interdicción y de la recaladura. Es identificarse al trazo uno y aislar el objeto del goce como fetichista. Servirse del Nombre-del-Padre, como significante de la excepción, para nominar el goce es un privilegio masculino. Por este motivo, un hombre para se tornar psicoanalista necesita prescindir el Nombre-del-Padre, con la condición de saber se servir. Para separarse del padre como conviene, es necesario tornarse padre de un nuevo nombre.

Sexualidad femenina y femineidad

¿ Y cuanto a las mujeres? ¿ Como es que ellas se tornan psicoanalistas de su propia experiencia? Mi hipótesis es la que se sigue: Lacan avanza en el *Seminario XX* otra modalidad de nominación, la femenina, que no aísla el goce erotomaníaco por medio del objeto *a*. El goce de la mujer requiere que el falo, “significante de su deseo que ella encuentra en el cuerpo del hombre”, funcione como vía de acceso al Otro goce, es decir, con S(Abarrado). El goce con la palabra, proviene de las palabras de amor que ella espera del partenaire, pues la define como objeto causa de su deseo. Del lado femenino, el nombre del partenaire sostiene el significante de la identificación. El partenaire amoroso la n̄homea: la enaltece o la difama (*dit femme*).

Eh aquí el paso necesario para la comprensión de la fórmula inaugural a un nuevo abordaje de las relaciones entre nominación y sexuación: “un padre no tiene derecho al respecto, ni al amor, si lo-dicho amor, lo dicho-respecto, no sea, usted no van a creer en sus orejas, *père* (padre)-versión orientada, es decir, hecho de una mujer, objeto *a* que le causa su deseo (...).¹⁵ Lacan añade que la mujer acoge el deseo del hombre, pero lo que ella quiere son nos niños. El padre interviene en esa relación madre y hijo, raramente, y para garantizar la represión, en los mejores casos, con la versión particular de su *père*(padre)-versión. Él es un modelo, él realiza el tipo, si la causa para él es una mujer que ha adquirido para lo hacer hijos. Es eso la perversión paterna.

Un padre, del lado femenino, es un hombre vivo. Tomar el padre mientras vivo equivale, en el movimiento de esa nueva acción de teorizar, a pluralizar los nombres del padre. Es necesario extraer las consecuencias de ese punto de vista en lo que se refiere a la

¹⁵ Lacan, J. (1974/75) **RSI**, clase del día 14 de febrero de 1975, inédita.

nhomeación y al goce. Para comprender la incidencia del Nombre-del-Padre en la constitución de un ser hablante, tenemos que tomar la vía singular del deseo de un hombre por una mujer, mientras objeto *a*, causa de su deseo.

La relación de cada analizando al goce, debe algo a la particularidad del deseo fetichista masculino y a la modalidad de consentimiento de una mujer al deseo de su partenaire. Caso a caso, tenemos que llevar en cuenta las relaciones de una mujer al falo, que ella localiza o no en el cuerpo de este hombre, mientras ancla del significante de la identificación. Tornarse mujer requiere dos operaciones. La primera es bien conocida. Como la mujer no disuelve el complejo de Edipo, su trabajo es el de transferir el amor al padre y el deseo de recibir un hijo de él como equivalente del falo, para o partenaire amoroso. El segundo paso se refiere al que Freud llamó de enigma de la femineidad. Para que el partenaire amoroso funcione como vía de acceso al Otro goce, es necesario que una mujer efectúe una separación a más de la posición de objeto suplementar al goce femenino de la otra mujer, a saber, su madre. Como espero poder demostrar al final de esa exposición, por medio de la experiencia del pase, una mujer necesita nominar ese goce femenino que la parásita.

Para concluir, yo diría que la vía que va del Nombre-del-Padre a los nombres del padre, pasa por la autoridad infundada, oscura y de mando (*) de la diferencia sexual. Esa formulación deriva de una reinterpretación de la teoría freudiana de la sexuación. Espero esclarecer lo que ella debe a las fórmulas lacanianas de la sexuación y a la teoría del partenaire y de la partición sexual, de Miller. Concluí que para prescindir del padre en el complejo de Edipo, y de su enredo raído sobre las funciones de interdicción y incitación al deseo prohibido, es necesario localizar el punto de incidencia en el síntoma de un sujeto, de la particularidad de la sexualidad de sus padres. Hoy, cuando los semblantes paternos vacilan, es necesario localizar lo más esencial de la función paterna, aquello que la define en su propio hueso, reducida a su escrita más elemental y la más despojada de sus insignias idealizadas. Es necesario apréndelas en el orden de los efectos de un decir cuya autoridad es infundada, oscura y de mando. Esa autoridad, yo la reduciría simplemente al facto arbitrario, sin sentido, de la diferencia sexual y de la profunda disimetría de las relaciones del hombre y de la mujer al goce. Explico.

Jacques Alain Miller, en “Una partición sexual”, subraya, precisamente el lazo del hombre al tener. La centralidad del complejo de castración hace del hombre un individuo esencialmente prudente, tímido, que no arisca afrontar la excepción. La interpretación de Miller nos presenta, como la esencia del hombre, su sujeción al modelo, la norma fálica y su rechazo – no la sumisión al otro hombre, que es un dado de estructura del masculino – y si de la femineidad como infinito del goce, sin límites, que es la conducta de quien no tiene “nada a perder”.

(*) en el sentido de algo dicho por el oráculo

La sexualidad femenina (*Weiblich sexualität*) no era para Freud un misterio al final de su recorrido. Las mujeres desean el pene y, por el hecho de no tenerlo, eso las aleja de sus madres. Ellas dirigen al padre su deseo de recibir de él el falo o un equivalente suyo, un hijo. Esa demanda es la esperanza más profunda que una mujer alimenta a lo largo de toda su vida, y que no abandona fácilmente. Esencialmente, porque no hay para ella la división, típica de la constitución psíquica masculina, entre objeto de amor y de deseo. Las mujeres no tienen su superyo pos-edípico, su relación al goce es sin límites, no se regula por la norma fálica, enemigas de la amenaza de castración, no tienen nada a perder y esperan todo recibir. Fue esto que Freud elaboró como el tipo de carácter que desea ser tratado como excepción. El deseo de ser tratada como una excepción, especifica el deseo femenino como siendo esencialmente de la orden de la demanda de amor. Eso explica los tres destinos de la sexualidad femenina según Freud: el complejo de masculinidad, la inhibición de la sexualidad y la maternidad (herencia del útero).

Según Freud, todavía, la sexualidad femenina se reduce a la reivindicación fálica. También las mujeres rechazan la femineidad (*Weiblichkeit*), ese continente negro, inexplorado.

Lacan nos presenta en el Seminario *Aún* una formalización inédita de ese famoso enigma de la femineidad. Constatémoslo con asombro, que después de nosotros hubiéramos tenido una formación para aceptar una teoría de la universalidad del sujeto del significante, él retoma de Freud la distinción nítida entre dos campos de la sexuación. Como no hay proporción sexual, entonces, existe el síntoma.

Su formalización incluye toda la dialéctica de los sexos, y toda la disimetría entre la angustia masculina de castración, y la reivindicación fálica femenina. Él da un paso más allá de Freud, al designar el continente negro de la femineidad por medio de un campo nuevo, S(Abarrado) donde se localiza el Otro goce de la mujer. Ese campo no se regula por el falo, no es contable, sustituible, localizado.

Ese otro campo se orienta por el real, por la lógica del no todo, es decir, del infinito del goce, impar, pura diferencia, sin límites. Lacan presenta así otra versión del más allá del principio del placer, de la pulsión de muerte. En su Seminario *Le Sinthome*, él afirma que pretende superar la energética freudiana por medio de una teoría del real como desconocido, sin nombre, irrechazable originario. Basado en esta teoría del real, él presenta la invención o nominación como el único recurso para circunscribirlo.

Las mujeres localizan en el cuerpo del hombre el órgano que es el soporte del falo. Si ellas consienten en abrigar lo que para ellos es un objeto *a* (un fetiche), entretanto, más profundamente, ellas quieren ser amadas. Tratase, de por medio de él, del partenaire, alcanzar otro goce, a saber, gozar de sí misma como Otra.

Traducción muy linda de la famosa intuición freudiana: “la mujer visa por medios activos obtener finales pasivos”. El obstáculo femenino, todavía, tiene menos relación con la reivindicación fálica que con los restos del complejo edípico, su fijación en las

decepciones de su madre con el falo, que la impide de hacer de un hombre la vía de acceso al otro goce, S(Abarrado).

Basado en la declaración del pase de Dominique Laurent hemos podido aislar el lado de devastación de la relación de una mujer con su madre. Convenimos que lo que devasta la hija es el goce femenino, otro lado del deseo de la madre. Una mujer se divide en mujer y madre. Mientras ella es madre, su deseo se regula por la norma fálica. El goce de la mujer, todavía, no se regula por el falo, siempre lo excede, transborda y aún lo destituye.

Para una niña eso puede ser la ocasión para ofrecerse como el objeto que satisfaría la exigencia pulsional femenina, sin ley, de su madre. En el lugar de consentir en localizar el objeto causa del deseo para un hombre, ella puede – por medio de sus síntomas – ofrecerse para taponar y dar consistencia al goce de la otra mujer.

Solamente en este sentido se puede hablar de un fantasma a ser atravesado en el caso femenino. Como una mujer generalmente no divide amor y sexo, el fantasma de completar la otra mujer, de amenizar la decepción materna con la impotencia fálica es el único sentido a conferir a eses término del lado femenino.

La identificación al síntoma

Todo ser hablante es un síntoma de la no proporción entre los sexos. Él es un síntoma, en la medida que adviene en ese lugar: entre los recursos para hacer existir la relación sexual entre un hombre y una mujer. Para un hombre, su hijo hombre es su verdugo o su sucesor. Para una mujer, su hija se inscribe en dos vertientes: la fálica y la de la devastación. Ella es la otra mujer que lleva al infinito la triangulación edipiana primitiva, que tal vez no sea nunca completamente disoluta. En la otra vertiente, ella está implicada con la voracidad pulsional devastadora.

Un niño necesita identificarse a su padre, servirse de él, amarle lo bastante para recibir un lugar en la sucesión generacional. Esencialmente, eso organiza la subjetividad masculina alrededor de la amenaza de castración. Para un hombre, al final de su análisis, tratase de poder prescindir un poco de ese amor, que es también una rivalidad rechazada. Hemos traído como ejemplo bien sucedido, la invención del real de Lacan, que ha dado un paso allá de Freud como el Nombre-del-Padre.

Me gustaría laborar un poco más la tesis de que ese axioma – prescindir, saber servirse – no se aplica al final de la análisis de una mujer. Una mujer no se identifica al padre. Para ella, el padre, y también el hombre que ella ha elegido como su partenaire libidinal, son amados mientras ideal, un ponto límite o una garantía contra el exceso pulsional. Para una verdadera mujer, la posición que le conviene es siempre un tanto a la deriva en el campo de la identificación. Hablar en identificación o des-identificación al ideal, me parece inadecuado para describir el lazo de la mujer con el ideal localizado en el Otro paterno y no en ella propia.

El punto de conjunción con el Otro, del cual una mujer necesita separarse, es una tentación irresistible que parásita su existencia: ofrecerse como objeto para prestar consistencia a las quejas de la otra mujer, su madre. El falo no puede recubrir nunca toda la exigencia pulsional de una mujer, mismo cuando esa ecuación va bien. Queda siempre una cierta erotomanía a la deriva, que se transmite desde la madre hasta la hija. Freud ha percibido la importancia de esa unión. Él la designó como un periodo creto-micénico (*) de las relaciones de una niña con su madre. En la clínica con las mujeres observamos ese vértigo de la complicidad femenina. El hueso duro del síntoma femenino es hecho de la decepción con la desigualdad entre los sexos.

Quien acompañó las enseñanzas de Dominique Lauret sobre el femenino, basadas en su experiencia del pase, tendrá tal vez observado ese punto. El punto más esencial de su análisis no es el deseo de ser médica para salvar al padre – excombatiente de guerra, de sus padecimientos físicos. La partida se juega para ella en torno de sus síntomas de mutismo y anorexia, que condensan el goce pulsional de se hacer devorar, dando de comer a la voracidad melancólica de la mujer frustrada que es su madre.

El pase de Dominique Laurent nos da cuenta cual es el paso que ella ha dado para se tornar una mujer, libre de sus síntomas, y, por lo tanto, una analista. Su desafío fue lo de encontrar un nombre particular para el continente negro de la femineidad. Ella lo nomina el goce de esa mujer, su madre, por medio del significante Reina de la Noche durante un sueño, después de la interrupción de su análisis bajo fuerte transferencia negativa. Ese punto que la remete al más particular del goce femenino en su madre, solamente le fue accesible cuando su analista repite las palabras destructivas de la madre sobre la condición debilitada de su padre, exponiendo al ridículo la posición de salvadora que ella ha asumido con relación a él. Salvar el padre, un excombatiente gravemente enfermo, tal vez impotente, elevando este hombre a la dignidad del rey sol permite su elección por la medicina.

Nominar el goce femenino la desprende del lugar de síntoma del desencuentro de la relación entre sus padres, separándola de esa nociva y desvariada ambición de suplementar lo que falta a la otra mujer. Podemos verificar que el efecto terapéutico de una análisis, “cuando ella triunfa” es esa disolución del complejo edipiano, pues refuerza el anclaje de un sujeto a su partenaire libidinal en la realidad. Diferentemente de Freud, podemos afirmar que la castración al final de una análisis no es un obstáculo. Sexuarse como conviene a su sexo es, para todo ser hablante, una experiencia de retirada de libido de los fantasmas edipianos para los reinvertir en el objeto de la realidad.

(*) en el sentido de periodo muy primitivo

Es en el campo de la elección amorosa que vemos realizarse un nuevo anclaje al goce fálico. Yo pienso que, es en la medida en que un hombre sirve de brújula o de ideal para una mujer, que la des-identificación al superyo como imperativo de goce, renueva el circuito pulsional por medio de que ella misma llamó de relación vital. La relación vital al falo que un hombre encarna, es la condición de un nuevo modo de acceso al S(Abarrado), por la vía de la sexuación. En el lugar de completar la mujer insatisfecha que su madre ha sido, tratase de servirse del deseo del hombre como vía de acceso al amor.

El síntoma al final de la análisis, es de otra orden, es el partenaire libidinal de la vida sexual. Yo quiero insistir sobre ese punto: tenemos dos vertientes en juego en la análisis de una mujer. Tratase de sustituir el padre por el hombre y de sustituir la fantasía de completar otra mujer por la demanda autentica del amor. En el lugar de la relación al ideal paterno, un hombre como brújula, héroe, o cualquier otro anclaje de la identificación. En el lugar de la posición de objeto *a* para el goce de otra mujer, consentir en acoger el objeto fetiche para el deseo de un hombre, para solo entonces reunir las condiciones para exigir de él el más de goce, el Otro goce.

La deposición de pase de Dominique Laurent nos da cuenta que una mujer, al final de su análisis, también necesita dar un paso a más, además de separarse de su madre. La construcción de un saber sobre el continente negro de la femineidad, sobre el goce oscuro en juego en las relaciones de una niña con su madre, depende de la singularidad del caso. Solamente así podemos avanzar el saber de la psicoanálisis sobre los obstáculos cruciales del complejo de castración.

Tal vez se pueda concluir conforme lo que se sigue: un hombre saber servirse del padre, para poder prescindir de él e ir más allá. Una mujer necesita nominar a lo que no tiene nombre, ni nunca tendrá. A cada uno de sus obstáculos y su síntoma. Más una vez, no es la psicoanálisis que es un síntoma, es el psicoanalista.